

La profecía de la memoria o el método Pérez Gay

José Woldenberg

Hay algo en el libro que quizás es lo que más me atrae; lo que a falta de un mejor nombre llamaría el método Pérez Gay. Una fórmula singular de adentrarse en las vidas y obras de diferentes autores, recreando sus respectivos contextos, sus biografías, sus relaciones, sus sueños y delirios. Se trata de una fórmula marcada por varios amores: a los libros, a la memoria, a la cultura, a la historia, a la deliberación pública e incluso privada. De tal suerte que los materiales pueden ser reciclados, los testimonios recolocados, los ensayos y novelas vueltos a leer, pero en una atmósfera concebida, creada, por José María Pérez Gay.

El primer paso del método consiste en la zambullida. “En 1986 yo vivía en Viena... Vivía inmerso en la historia del Imperio Austrohúngaro. Viena era, para mí, una ciudad más que inventada, reconstruida por la memoria y la imaginación de la literatura... Mi idea fija y secreta era escribir un libro de ensayos sobre cuatro escritores austriacos... una suerte de mosaico biográfico durante el crepúsculo del Imperio... Me dispuse a pasar esos meses leyendo relatos desafortunados e inolvidables: tristes historias de amor, terribles lecciones políticas, críticas de libros magníficos, aforismos, cartas, diarios de escritores desesperados que vivían el derrumbe de un imperio, la certeza de la desesperanza, y, al final, la literatura como un antídoto contra el veneno lento de la realidad”.

De esos afanes nació hace veinte años *El imperio perdido* (Cal y Arena). Una inmersión en las biografías y obras de Hermann Broch, Robert Musil, Karl Kraus, Joseph Roth y Elias Canetti. Pero ahora lo que quiero subrayar es el método. Si prestamos atención al párrafo de José María Pé-

rez Gay, de lo que se trata es de un auténtico buceo en un universo ido, de una zambullida a la lectura omniabarcante. Una especie de túnel del tiempo que solamente se puede visitar a través de la lectura voraz, insaciable, desproporcionada. Es un gozo peculiar: aproximarse a los otros y su circunstancia por medio de testimonios, novelas, ensayos, y todo aquello que de alguna u otra manera resguarda la memoria. Es además un afán de comprensión que parece suponer que por medio de la literatura podemos vivir una especie de ósmosis con las vidas de aquéllos a quienes admiramos.

El segundo paso invariablemente parecen ser los hallazgos, las auténticas perlas que obtiene el buceador a lo largo de su trayecto. “Recuerdo esa mañana de abril en la Biblioteca Central de Viena. Una mujer rubia y regordeta me entregó mi trabajo de esa semana: siete legajos de papeles, notas y manuscritos, una carpeta azul cuya tapa tenía un letrero amarillo...: *Joseph Roth: crónicas periodísticas y correspondencia*. Pasé dos meses leyendo... La prosa de Roth me sedujo pero también su vida secreta... Su mitomanía me dejaba perplejo... Roth consideró en 1939 la posibilidad de emigrar a México... (Pero) esa mañana apenas le di un vistazo a las crónicas y reportajes porque, revisando la correspondencia de Roth, encontré dos cartas que, por error o negligencia, algún empleado del archivo había puesto en el mismo atado... No conocía al autor, ni a la destinataria... siete hojas en la caligrafía alemana de principios de siglo... que había sobrevivido al poder corrosivo del tiempo. El papel tenía grabado en el extremo superior derecho un nombre en letras de molde: *Dr. Med. Otto*

Gross, neurólogo y psiquiatra. Fotocopie las cartas y las guardé en el portafolios”.

Si uno fuera un maestro de metodología, aquí seguiría un ensayo sobre el dato *serendipity*, aquel que se encuentra sin siquiera buscarlo. Pero no se trata de eso, o bueno, sólo en la superficie. El hallazgo en estos casos es fruto de una predisposición a devorarlo todo, a no dejar de escudriñar por los rincones, a un afán por abarcar más allá del “objetivo” prefijado. Quien haya estado en una hemeroteca sabrá cómo al hojear las páginas de un viejo periódico en busca de una información precisa, de repente salta la liebre, en una nota, un anuncio, un comentario, que dejan pasmado y en ocasiones encantado al lector. Es un momento estelar: sorprendente y fecundo. Quizás hipnótico.

El tercer paso es no soltar el descubrimiento, sino trabajarlo, explotarlo. “Al anochecer, regresé a mi departamento, rendido... y releí las cartas. La primera fechada en 1908; la otra, en julio de 1914. Para mi sorpresa, la primera estaba escrita en un manicomio... un médico psiquiatra, al parecer muy conocido, se encontraba cautivo en la clínica... Le pedía auxilio a una mujer... Frieda von Richthofen... El doctor Otto Gross mencionaba además su propia adicción a la morfina, explicaba que Sigmund Freud había ordenado su internamiento, y que su médico, el doctor Carl Gustav Jung, había equivocado el diagnóstico con la intención de mantenerlo en cautiverio. Hablaba con furia del psiquiatra suizo...”.

La segunda carta, transcrita en extenso por Pérez Gay, es una dura diatriba de Gross contra Jung y su propio padre que lo han internado en el manicomio, una re-

creación expresiva de la relación erótica entre Gross y Frieda (“los días encerrados en aquel departamento... tiempo de explorarte, de buscarte con los dedos y la boca antes de sentir el arco de tus piernas y entrar en una brasa viva, enredarme en lianas rubias, besar esas brasas cuantas veces sea necesario, quemarme...”), y una reflexión dura y certera sobre el internamiento en la clínica psiquiátrica.

Uno no sabe si estamos ante un paranoico o un genio, o ambas cosas. De lo que no hay duda es que las cartas expresan las tensiones de una vida cruzada por el estudio y las adicciones, la fuerza intelectual y la pasión amorosa. Gross aparece como una víctima impotente y al mismo tiempo como un luchador implacable. Escribe con convicción y cargado de delirio.

El cuarto paso es buscar más y más correlaciones, intuyendo correctamente que cada biografía está modelada por el contacto con los otros y que esos otros seguramente tendrán una visión particular de esa trayectoria vital. Como en un caleidoscopio, conforme vamos moviendo la mano, los espejos cambian de posición y construyen nuevas figuras. Así, Pérez Gay descubre una carta de Carl Gustav Jung a Freud, donde reconoce que su trato con Gross significó una “experiencia demasiado amarga”. “A ningún otro de mis pacientes le ofrecí tanta amistad... y con ningún otro... coseché tanto fracaso y dolor”. Y entonces Pérez Gay se enoja. “Jung miente y manipula a la distancia al profesor de Viena”.

Y esa es quizás otra de las características de su método. El autor de repente irrumpe, como si la historia estuviera en curso, como si su función fuera la de ofrecer armonía a lo inarmónico, como si su obligación moral fuera la de poner a cada quien en su lugar. Lo cual llena de sentido y pasión a la lectura. La insidia de Jung se convierte entonces en un nuevo acicate. Escribe Pérez Gay: “me empeñé en la tarea de investigar quién había sido Otto Gross... Necesité tres años de búsquedas meticulosas, de entrevistas imaginarias, de reconstrucciones que parecían imposibles, hasta rescatarlo de la memoria de sus contemporáneos...”.

Y así encuentra una carta de Kafka a Milena en la que se refiere a Gross: “una per-

sona muy atractiva y seductora”, con un gran “don verbal”. Y cuenta que viajando en tren, “Otto Gross intentó contarme algo toda la noche, salvo breves interrupciones en el camino, que aprovechaba, quizá, para inyectarse o inhalar una dosis de cocaína en el baño... No entendí una sola palabra... Mientras Gross me devoraba con los ojos, yo asentía de forma mecánica... Mi entendimiento es frío y lento... Gross despertaba eufórico, se ponía de pie, abría los brazos y hablaba sin detenerse..., luego se calmaba y dormía...”.

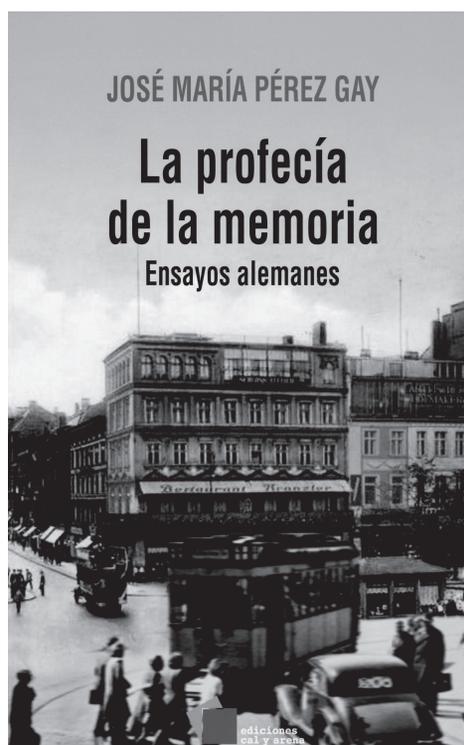
El educado Kafka vive una especie de pesadilla con Gross, pero no se atreve a reconocerla. No obstante, el retrato que hace del personaje ayuda a Pérez Gay a ir completando el mural. Lo mismo que la historia del padre de Gross, juez instructor de la ciudad de Graz o el testimonio del director de la revista *Die Zukunft*, que da cuenta de la detención, traslado e internación en un manicomio del multicitado Gross. Como en un juego de espejos, la percepción cambia según el testimonio. No es fácil establecer la verdad y quizás incluso ese intento sea innecesario. “Los hallazgos literarios se van acumulando accidentalmente, van cayendo por azar hasta que se acomodan y armonizan unos con otros”, dice Sebald en una entrevista.

El quinto paso del método es tratar de poner orden en el aparente desorden. Al

final Otto Gross aparece como una personalidad destacada dentro del ámbito psicoanalítico de Viena y Zurich. Nos enteramos de sus participaciones en congresos y de sus ponencias innovadoras; de sus publicaciones y sus tesis (“abogó por la vuelta al matriarcado comunitario, basado en la solidaridad de los individuos... en busca de formas libres de la vida sexual”). Fue perseguido por su padre que logró internarlo varias veces. En la guerra funge como médico en distintos frentes y después “lleva una vida errante y miserable determinada por la soledad y la droga. En esas condiciones muere en Berlín, el 13 de febrero de 1920”.

Gross fue excomulgado de la corte del psicoanálisis. Escribe JMPG: “Una temible severidad puritana gobierna las biografías de los primeros defensores del inconsciente; dentro de esa historia, como es lógico, no había lugar para Otto Gross”. El propio doctor Freud escribió en 1908 que Gross “necesita de modo urgente recluírse en una clínica y someterse a una terapia de rescate de la adicción a la morfina, el opio y la cocaína”.

No sigo, porque solamente estoy hablando del “método” Pérez Gay. Lo bueno del mismo es que al final la promesa se cumple. “Mi propósito es —escribe Pérez Gay— unir la tensión finísima y poderosa de la novela, el amor a la biografía y el rigor de la historia social y literaria”. Y en efecto, luego del huracán de descubrimientos y correlaciones, de anécdotas y análisis de obras, de recreación de largos procesos y hechos puntuales, lo que aparece es un mosaico de personalidades y textos, de situaciones y procesos, que se emparentan con la novela por su fuerza expresiva; con las biografías multidimensionales, aquellas que impiden fijar la trayectoria de una persona de una vez y para siempre, y con la historia social y literaria que por supuesto es inabarcable. Una experiencia única. **U**



José María Pérez Gay, *La profecía de la memoria. Ensayos alemanes*, Cal y Arena, México, 2011.